

Cuando llueve en Ítaca

LUIS DURANGO ECHAVARRÍA (1935-¿?)
Memoria del Amazonas

FELIPE
RESTREPO
DAVID

Luis Durango Echavarría parece ser el autor de una sola obra: único testamento de su paso por el mundo. En *Memoria del Amazonas* no hay mucha información sobre su vida, a excepción de lo que vive y cuenta en ese instante que constituyó su errancia por un río de fábula, casi mítico para un hombre de montaña como él, y, es de suponerse, como toda su familia.

Sabemos que hizo su viaje en 1965 y que para entonces tenía treinta años (que cumplió a bordo de uno de los navíos que conoció), que era de Santafé de Antioquia y que allí se ganaba la vida como abogado, que tenía dos hijos que recordó cuando le tiró unas monedas a un grupo de niños indígenas que movían sus manos como pájaros mientras los dos más grandes remaban, que tenía una esposa a quien no sabemos si amaba, que pudo llegar a ser algo más que un abogado: escritor quizás (como tantos en su época), que se enamoró del Amazonas en las láminas y relatos que encontró en la biblioteca municipal, y que durante más de quince años preparó un viaje que duró un mes.

Todo empezó en la víspera, que fue como un interminable esperar entre su adolescencia y su adultez. (La víspera de cada viaje es una hermosa parte que siempre

recordamos con gratitud, como el silencio que precede a la tormenta; es lo que dice Borges en su más confesional libro, *Atlas*, que también es un relato de muchos viajes al final de su vida, o como le gustaba decir: del final de la existencia de su cuerpo). Por ello, al momento de la partida, un hombre como él jamás dudaría, y mucho menos en la decisión de lo que deja y lleva: el equipaje.

Cada detalle, cada movimiento, fue amorosa y obsesivamente pensado, planeado en una dolorosa paciencia; la supuesta improvisación de cada viajero nace, en realidad, de una meditada preparación. Qué libro llevar: las obras completas de Shakespeare en la edición de Aguilar; cuántas camisas: las de algodón de colores claros, seis no más; cuántos zapatos: solo un par y unas sandalias; un cuaderno de hojas amarillas y lápices; un sombrero; y cualquier otra cosa que cupiera en su morral. En él, ese empacar fue un ritual y así lo narra, o, mejor, así lo testimonia en ese estilo suyo tan cercano al informe.

El miedo se le revolvió en el estómago cuando dejó su pueblo, y no tuvo más opción que entrar en cuanto baño iba encontrando o aguantarse en silencio. Poquísimas veces se había distanciado de su hogar; cuando mucho, había visitado pueblos vecinos. Ni el mar conocía, solo había contemplado un gran río en su vida, el Cauca, y siempre tuvo miedo de bañarse en él y de que su poderosa corriente lo arrastrara, como había sucedido años antes con un familiar cercano. Sin embargo, se empeñaba en repetirse con alegría la misma filosofía de un libro que admiraba, *Viaje a la Alcarria*, y cuyo autor era entonces poco conocido, Camilo José Cela: en el andar, todo lo que surja es lo mejor que puede acontecer.

A propósito, en esos mismos años decía Mariana Picón Salas que un viajero debe ser de estómago firme. Y quizás tenga razón: de allí podría surgir nuestra resistencia, y más aún, podría estar el termómetro de las emociones. La apertura de visión, en realidad, sería la del estómago. Si esa fuese la pieza clave, entonces tendríamos

el lugar exacto del pulso. Imagino el tremendo equilibrio digestivo de Simbad o de Robinson, con ese cuerpo siempre preparado para recibir que, como el dar, es un duro aprendizaje. En todo caso, firme o no, Luis Durango Echavarría siguió su camino.

Nada de extraordinario le ocurrió hasta Leticia. Los días fueron llegando con una pasmosa facilidad que más parecía una indeseada y monótona buena suerte, que a veces se convierte en uno de los terribles enemigos del viajero: tedio de quietas cotidianidades.

Las páginas que narran esa travesía son una lista de buses que se toman hasta Florencia, Caquetá, donde el narrador aborda una avioneta que atraviesa el primer océano que presencia en su vida: inmenso mundo verde cubierto por estrías de aguas amarillas.

A los cuatro días tomó su primer barco en un puerto cercano a Leticia, de jurisdicción brasilera. Era pequeño, escasamente cabían cincuenta pasajeros, ya que el espacio era en gran parte para la carga. A la larga, nada pudo ser más ventajoso: el acceso a la cubierta fue permitido día y noche; aunque él apreciara sobre todo la luz porque, otra vez como el viajero de la Alcarria, le gustaba pensar que el mundo se entregaba mejor y más completamente en la mañana.

Las noches durante las cuales permaneció en la cubierta fueron completamente solas y calientes como las que más. Era imposible encender cualquier lámpara, pues cualquiera sabe, incluso alguien tan poco diestro en proezas como él, lo que significa una luz en medio de la oscura selva, y más en la amazónica, en la que todo parece triplicarse en tamaño.

Los días pasan con calma y Luis comenta prudentemente, como con pena de ser descubierto, que no consigue acostumbrarse a la dieta de pescado y camarón, ni menos a la *farinha*, aunque el hambre sepa ser comedida, dice. En su narración hay constantes referencias a viajeros, Marco Polo y Herodoto, pero poco a poco se va desprendiendo de ellos para dejarse

impresionar por sus compañeros, parlanchines y juguetones, aun conociendo solo lo básico del portugués.

Por esos días: “En el Amazonas llueve cada madrugada. ¿En Ítaca también llovería?”. Cada hombre encuentra una justificación a su vida, y él descubrió que ese río que tanto anheló conocer era como un sueño en el que llovía siempre al amanecer. Ese rutinario hecho fue la esencia de su viaje. Y lo encontró como quien busca sin desear: se le anunció de repente, al abrir los ojos.

La narración se detiene cuando llega a Belem do Pará un mes después de haber dejado su pueblo entre las ya lejanas montañas de Antioquia. No sé si regresó o se quedó para siempre en esa hermosa ciudad brasilera, hecha de antiguos ladrillos y de iglesias de piedra, o si continuó su viaje hacia otros lugares. No hay cómo averiguarlo.

En *Memoria del Amazonas* no hay momentos gloriosos. Todo es sencillo y moderado como su escritura, como su viajero. La vitalidad que atraviesa ese relato es prudente, y no pretende llegar más allá de sus propios pasos.

Con ese final de puntos suspensivos podríamos imaginar que ni siquiera fue él quien publicó su libro sino uno de sus hijos años después de su muerte. Un hijo que apenas seleccionó algunas partes del cuaderno de hojas amarillas, pues las otras, al ser escritas a lápiz, fueron diluyéndose en el tiempo en una perfecta labor de edición.

En el que parece ser el último párrafo del libro, Luis Durango Echavarría escribe con cierta solemnidad un consejo (que en realidad pudieron haber sido palabras del hijo que publicó su libro, o una paráfrasis de uno de los autores que tanto leyó para tomar las fuerzas y lanzarse al viaje): uno siempre sabe lo que deja, lo que pierde, por eso cada partida es dolorosa pues lo cercano se aleja; sin embargo, por más que nos esforcemos no podemos predecir lo que ganaremos, lo que recibiremos. Al final, es bueno llevar en el corazón el pensamiento de que, cuando algo concluye, algo comienza. 

80 años 1935 - 2015
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

La Revista de la Universidad de Antioquia es una alquimia muy singular pues, cada tres meses, presenta el material académico e investigativo de los catedráticos de la universidad, de la ciencia a la historia, de las matemáticas a la ingeniería. Todo ello está enmarcado en un diseño creativo, con énfasis en el arte y la fotografía y con una apertura intelectual de múltiples columnistas que nos orientan sobre el cine y la música, los últimos libros y las más recientes exposiciones. Pero están, además, conmemoraciones y aniversarios donde se rescatan figuras y se renuevan lecturas, sea Nicolás Gómez Dávila, sea Octavio Paz, o se busca que otras literaturas vecinas (el caso de Brasil o Ecuador) nos presenten sus propuestas y nos amplíen el horizonte. Esto, sin olvidar nunca traducciones, crónicas viajeras, la preocupación por el patrimonio cultural antioqueño y el toque original explorando la ciencia ficción, la novela negra, la novela gráfica o todo el espectro de la creación contemporánea con entrevistas de primer nivel y voces soslayadas que reclaman nuestra atención. Cada tres meses, la vida se renueva y la cultura se enriquece con esta propuesta imaginativa y original que es siempre la Revista de la Universidad de Antioquia.

Juan Gustavo Cobo Borda

Peregrinación del origen

MANUEL ZAPATA OLIVELLA (1920-2004)

Pasión vagabunda

Manuel dio una de sus últimas entrevistas para televisión en un patio de hortensias y de rosas en flor: él está en el centro, envuelto en una ruana café, su cabello está casi blanco y ha pasado de los ochenta años con una tremenda historia tras de sí. Y a pesar del tiempo hay algo que conserva con la misma fuerza, un gesto que resplandece volviéndolo a iluminar: la carcajada que le cubre el rostro, y que parece que lo levantara de su silla cuando estalla como un carnaval.

La entrevista transcurre en tono sereno y más bien solemne, sus pausas no son para descansar o para distanciarse sino para pensar, lo que en su caso es puro recuerdo. La memoria lo traicionará en detalles pero no en lo esencial. Ese Manuel es el mismo que una vez entregaría su humanidad entera a su creación y a su trabajo.

Entre el brevísimo recorrido que hace de su vida, un detalle es precioso: “Mi mamá me dijo que cuando me parió, lo primero que vi no fue la luz sino el agua. Esa noche caía un aguacero de aquellos que no se olvidan”. Y no agrega nada más; después de otro silencio, habla de su padre severo y de su hermana Delia, decisiva en su trayectoria, y habla y habla de los otros como quien atraviesa puentes sobre ríos.

No es que el agua sea el eje de su narrativa, dramaturgia o ensayística; aparece sí, pero no con la intensidad que representa, por ejemplo, la tierra para Rulfo o la

biblioteca para Borges. Es que esa sensación de agua sonora haciéndose sentir en esas gotas que caen como infinitos ejércitos son el espíritu que tanto animó su obra. Torrente de lo incontenible, fuerza que se abre camino en los lugares más insospechados, y cuya vida es ese movimiento de sentirse siempre libre, desatada, inundándolo todo.

En esa imagen del nacimiento hay una clave de comprensión, no tanto literaria como humana. El viajero que Manuel fue es esa lluvia que cae, y que ese remoto 17 de marzo de 1920 quiso tragarse su casa. Él es esa agua que se riega entera mientras intenta andar casi con desesperación. Andar hacia su mar: peregrinar a su origen. O, lo que sería lo mismo, regresar. *Pasión vagabunda* fue su primer libro de viaje y en el que dejó como testamento para los suyos la que consideraba su mayor virtud: vagabundear. Ir por los caminos consigo mismo llevado por el ímpetu de su cuerpo torrentoso. Viajero de piel mulata, color de aguas caudalosas y barroas, como de tierras antiguas.

El viaje es la historia de su errancia por Centroamérica durante dos años, hasta su llegada a Estados Unidos, donde comenzaría otro viaje, en que el vagabundo, el poeta, los escasos conocidos, los muchos anónimos y las interminables travesías por Norteamérica son las historias de los que serían su segundo libro, *He visto la noche*, y su primer drama, *Hotel de vagabundos*. Años después aparecería *China 6 a.m.*, relato de su visita política a Asia junto a una comisión de escritores e intelectuales colombianos; con él estaba otro viajero impenitente que también habría de relatar su experiencia en un bellissimo diario de viaje, Jorge Gaitán Durán.

Manuel tenía veintidós años y era estudiante de medicina en Bogotá. Gorki y

Panait Istrati eran sus héroes, y con ellos creía que la literatura, mientras más denunciara los crímenes sociales y contara la vida de los desposeídos y desamparados, más se acercaría a su destino. Y quiso emularlos en cuanto pudo, sobre todo en lo que tenían de aventureros y sobrevivientes. Así, sintiéndose discípulo fiel, suspende la universidad y, tan rápido como puede, se lanza a los Llanos colombianos tras las huellas de su otro maestro: Arturo Cova.

El plan era atravesar la selva hasta el río Amazonas y seguir el río llevado solo por el fluir de esa herida que siempre sangra. Pero la muerte, la locura y la violencia le cierran el camino. La vorágine y sus sombras le advierten de la inevitable caída en esas tinieblas. Y regresa. Ese es el inicio de *Pasión vagabunda*. Lo que viene después es una ruta inesperada que lo llevará por Buenaventura y Chocó hasta Panamá.

Ya en la lejanía comienza el despojo del pasado. Y Manuel, o el personaje que él hace de sí mismo, se entrega al absoluto presente: no hay un mirar hacia el frente: el tiempo es cada paso. Solo lleva su nombre que, como él mismo, también se transforma.

London es el otro héroe invocado, uno al que la orfandad y la miseria lo agobiaron muy temprano, y apenas adolescente viaja en vagones de tren comiendo con premura y escasez con su única familia: los que están de paso y cuyas huellas las cubre la arena; uno al que la fama y el éxito también le llegaron rápido aunque con dolor y amargura; uno al que la lucha por la sobrevivencia jamás lo abandonó, solo pasó de la calle al papel, de la arena a la palabra.

Durante un año, 1943, Manuel es otro London. Resiste como puede, y con engañadora suerte atraviesa Costa Rica, Nicaragua, El Salvador y Honduras; cuando

llega a Guatemala, lo arrasan el hambre y la mendicidad, y se pone a prueba su voluntad y aguante como cuando uno cree que la cuerda interior está a punto de reventar de tanto templarla.

Ese llevar al límite la propia condición es la de esos viajeros que lo apuestan todo en un solo gesto: el riesgo. No hay otra forma de movimiento. Existen el miedo y el pavor pero justo en el mismo lugar, en el centro del pecho, donde hierven la alegría y la excitación. Es como si fueran dos viajes en uno, vividos por dos cuerpos que son uno solo.

Manuel se denomina vagabundo, no como quien da vueltas en círculo o está perdido en laberintos sino como el que se aleja de lo ya conocido. Él no se nombra nómada, pues este lleva su hogar y su destino en los pies sin jamás detenerse porque tampoco existe principio ni fin: se nace y se muere nómada. Manuel, en cambio, ha dejado su casa, el primer nacimiento de la lluvia, porque ahora hay algo más, y es quizás otro despertar en la palabra de un origen que comienza a tener su propia voz, aunque él aún no lo sepa con exactitud.

Después de muchos meses logra salir de Guatemala gracias a una pelea de boxeo de la que sale recogiendo sus propios huesos. Su contrincante había sido nada más que un bravísimo indígena campeón centroamericano. Con el dinero de la derrota entra en México como ilegal, que era su condición regular.

Allí encuentra la generosidad de muchas manos amigas. El escultor Rodrigo Arenas Betancourt le ofrece un techo; Jorge Zalamea, entonces embajador en México, le propone regresar a Colombia en avión, propuesta que sin duda rechaza; el novelista y periodista Martín Luis Guzmán lo contrata para su periódico; y el famoso cantante y médico, Alfonso Ortiz Tirado, lo viste de

bata blanca y lo lleva a trabajar en clínicas psiquiátricas y sanatorios. Y entre uno y otro trabajo pasa un año hasta que la ansiedad de los pies apremia y ese presente de sus pasos lo acosa como cazador a su presa.

Entre buses y trenes, huidas y largas esperas, logra llegar a Estados Unidos, a Harlem, ese barrio renaciente donde fecundan el jazz y la poesía de Langston Hughes, y donde cobrará forma definitiva ese otro origen suyo, intuición que lo había impulsado sin saberlo: lo afro, lo mítico negro que le ofrendará el fuego de sus raíces africanas y que tanto se esmerará en reavivar en la obra que vendrá después y de la que *Changó, el gran putas* será su mayor elaboración.

Al final, lo que a uno le queda de *Pasión vagabunda*, en cada experiencia de esos largos e intensos meses, es que Manuel no dejó Colombia solo porque quería llenarse de mundo así no más, y ampliar sus horizontes, como se suele decir del que siempre se va. Sí, él quería llenarse, pero de sí mismo, o de ese que era él y aún no conocía. Manuel fue tras su propia humanidad queriéndola descubrir dentro de sí y a través de los otros.

En todo caso, quería vivir lo que una persona vive en este mundo, en la única realidad que se nos ha entregado: sufrió y aguantó hambre como cualquiera y se lastimó y se alegró como cualquiera; calló y despreció; toleró e insultó; se extravió mil veces y muy pocas se encontró; y sus deseos de cuerpos y sus anhelos de arte fueron los de un hombre tan común, o tan especial, como él.

Por eso cuando llegó a Estados Unidos, más que estar preparado como artista e intelectual para iniciar una labor y una obra, el que había llegado era un hombre que había aprendido a ser un ser humano dispuesto a encontrar su lugar en ese mundo que había comenzado a conocer tan bien. ■

Aguas de negra piel

EDUARDO COTE LAMUS (1928-1964)
Diario del Alto San Juan y del Atrato

En la corta travesía de Eduardo Cote Lamus por los ríos San Juan y Atrato como representante a la Cámara en 1958 hay una imagen que resuena como golpe de taladro, y que él mismo se encargó de retratarla en su intensidad: en una noche de lluvia parece ver cómo el Atrato se pone de pie estirando sus aguas de negra piel.

Él es un poeta y eso no puede olvidarse (aunque a esa fecha aún no haya publicado la que será su obra maestra, *Estoraques*); se deja impresionar porque confía en las emociones, y les entrega la voz de sus palabras sugerentes que él mismo teje en cuidadas notas de viaje, a veces breves y sentenciosas como aforismos, a veces sinuosas y misteriosas como versos que demoran en entregarse. No hay premura ni ansiedad, su propia respiración se acoge a la cadencia del remo que obedece como un ciego a su lazarillo. Uno de sus dones, al menos como viajero poético, fue la levedad que habitaba su expresión y su mirar. Cada palabra parecía tener un contorno delineado y transparente.

Nunca se sintió como parte del paisaje por más familiar que le pareciese. Fue un extraño durante esos días en el Chocó que registraba sin alarmas ni estridencias; hacía del viaje una sucesión de imágenes que ni él mismo recordaría como realidades alguna vez tangibles sino como sombrías y volátiles fantasías. En esas tierras y en esas aguas, en esas selvas y en esos cielos, Cote Lamus viajó con su pluma. Una pluma que fue su cuerpo.

Recorrió gran parte del río San Juan y casi todo el Atrato hasta Turbo, en el golfo de Urabá, entre el 12 y 18 de septiembre. No es por su condición política u oficial que lleva su diario de ríos, sino por esa conciencia de quien acepta, como un pacto que ni el tiempo violará, que será leído en todo aquello que piensa y siente. Ese otro hombre que escribió para informar fue uno que

rápidamente se agotó pues a ese no le pertenecía la creación; fue el otro, el poeta y diarista, quien entró en esas aguas silenciosas e inagotables.

Me lo imagino montado en esas lanchas por parajes húmedos y sofocantes, con su bigote perfecto, erguido bajo su sombrero de ala ancha y con su figura de aventurero aseado; tomando siempre notas, es decir, escuchando con esmero y paciencia, acogiendo generosamente las voces de la selva y de los hombres, de la noche y del agua, de la lluvia y de la arena.

No creo que callara para escucharse a sí mismo y alejarse, pues su escritura siempre está narrando el afuera en esa delicada concisión tan suya. Allí hay pura entrega, como quien lo da todo. No es que él se mimetizara o desapareciera, es que con su palabra podía llegar a fluir con el río siendo otro río. Escuchar el viento siendo otro viento. Ser todo ello porque de alguna manera, antes del viaje, ya los llevaba adentro aunque fuera como una lejana intuición. Para ese viajero, la navegación por los ríos de la selva fue una meditación en la escritura.

Pero ese afuera narrado también se transforma en su interioridad. Esa levedad en su palabra, como si su pluma volara por esos ríos antes que navegarlos: otra manera de penetrar en lo hondo; la profundidad no solo es una virtud de los mares y de la tierra. Elevarse, sin duda, puede ser una forma de hundirse en los propios abismos en busca de voz.

Sabemos que esos ríos que nombra existen en aquella realidad política y social, y que cada una de sus descripciones son apenas mínimos cuadros de la miseria de un pueblo que solo con sus maneras ha podido sobrevivir en el olvido y el abandono. Todo ello es real, así como las visitas a las veredas en la selva y a los caseríos que sobreviven a un lado de los ríos, o dentro de ellos, siempre esperando que las caprichosas aguas ofrenden mucha o poca comida; al igual que el analfabetismo, la violencia, la decadencia, la inclemencia y las dificultades ante una naturaleza siempre indomable e impredecible. Es real como somos reales nosotros.

Pero tal como los vio Cote Lamus, esos ríos solo le pertenecen a él; y lo que nos enseña son esas sombras que se levantan del mismo río y se echan a correr selva adentro como espantadas ante la imprudencia de las ondas del remo en esas noches espesas. En su viaje poético es la belleza lo que se invoca, aquella que deslumbra por su magnificencia.

En ese tono bajo y en el volumen que nada quiere perturbar, y que esconden cierta melancolía del fracaso, hay algo más que atrae poderosamente: la miedosa timidez de un hombre que ni se atreve a perturbar el propio camino que transita, por eso, sin importar que viaje acompañado, en realidad lo sentimos siempre solo.

Es el color de la expresión lo que hace singular su diario. Aun a cincuenta años de haber sido vivido, y de las cosas haber cambiado (o al menos eso aseguran las historias oficiales), en esa tierra de verdes que no son de todos los colores, siempre tenues y cansados, la voz de Eduardo Cote Lamus todavía está allí viajando.

Un poeta que tanto cantó a la muerte y a la fugacidad, en aquella ocasión en el Chocó, donde la tierra y las aguas tienen esa quietud del deceso y la sensación de lo que nunca regresará; allí, donde la melancolía camina entre las selvas y donde los míticos dolores alimentan a los ríos, en una tierra de hombres con una sed de mundo ya pasmada, el poeta vio la vida y la celebró.

Y la vio porque sintió la fuerza y la alegría, en el encanto de las comidas y de las fiestas, y conoció las sonrisas de dientes blancos en esos rostros negros y mansos. Aun en sus soledades habitadas por sí mismo, en los matices tristes de su palabra y en las imágenes tan fantásticas como reales, el poeta que viajaba puso primero a la vida.

El San Juan, el Atrato y el golfo de Urabá, y cada afluente por pequeño que fuera, le revelaron que el vigor de lo que palpita, de lo que resiste e impulsa, está en las honduras, y que allí la vida se mueve imparable; honduras que raramente muestran sus grandezas, a no ser a aquellos que saben dónde mirar, es decir, escuchar.

Hay un instante conmovedor del viaje en que él le cuenta a su amada, en una breve carta, que cree saber cómo nace la música de esas aguas: en la lluvia que fluye en el fondo denso y que pronto habrá de ascender para volverse una “soledad sonora”, que ya no es tiempo sino brillante suspensión. Y en fragmentos luminosos de ese diario de ríos, él mismo pudo atraparla en su palabra como quien tiene luciérnagas entre las manos. ■

Felipe Restrepo David (Colombia)

Ensayista. Estudió Filosofía en la Universidad de Antioquia y una maestría en Literatura en la Universidad de Sao Paulo. En 2008 publicó *Conversaciones desde el escritorio*.